



Memorandum Natura

María Antonia García de la Vega

Del 2 al 25 de julio de 2018

Horario sala de exposiciones:

De lunes a viernes, de 10 a 21 h

Sábados, de 16:30 a 20 h



Domingos y festivos, cerrado

CENTRO CULTURAL ANABEL SEGURA

AVENIDA DE BRUSELAS, 19

28108 Alcobendas (Madrid)

Teléfono: 91 229 49 40

www.centrodeartealcobendas.org  



Sintra01, 2013. 37x99 cm. Impresión digital, pigmentos minerales. Papel de fibra de algodón libre de ácido..

María Antonia García de la Vega

Memorandum Natura

Memorandum Natura

Caminamos por un bosque. No hay senderos abiertos, estamos en la noche de los tiempos, sentimos la llamada de misterios insondables, arcanos y nos mueve un aire que nos alienta, escuchamos bajo nuestras cautas pisadas el murmullo de las hojas muertas y el canto lloroso de los helechos vivos.

Nos adentramos. Pisamos el musgo suavizado por las lluvias que vienen de lejos, de los fondos de las almas de los inúmeros bosques, de los inúmeros hombres, de los inúmeros animales, del Universo pleno, de la Naturaleza Panteística de Spinoza. Todos los bosques primitivos están aquí, los habitados por Thoreau, los poetizados por Transtomer...

¿Y todo este sueño vivo de dónde nos viene?

Dicen que cualquier obra, sea pintura, literatura, cine, fotografía... solo es buena si es portadora de historias y sugerencias. Ahora estamos ante las obras fotográficas de María Antonia García de la Vega, ante parte de sus narraciones visuales ligadas a la naturaleza y en concreto al bello, misterioso y difícil mundo de los bosques y, estas fotografías, estas acertadas síntesis de la estética boscosa, están llenas de llamadas y sugerencias hacia las miradas de nosotros, espectadores ávidos de las propuestas que nos acercamos a ver.

También se dice que en arte, y más concretamente en fotografía, todo está hecho. Probablemente sí, son siglos de creación e investigación visual y la originalidad no se puede esperar de las temáticas abordadas, la originalidad o,

creo que es más preciso decir, la singularidad, hemos de esperarla de la mirada propia de los autores.

A veces, esa singularidad está anclada en detalles aparentemente sin importancia, pero que son la clave de la aportación de esa mirada que está eligiendo las luces adecuadas, los momentos precisos del día o de la noche, la estación del año más idónea y los propios estados emocionales de los autores que van a expresar y transmitir a otros la seducción que sobre ellos mismos están ejerciendo las escenas que contemplan.

En el caso de la exposición de fotografías que tenemos delante, así como en el resto de los trabajos que conocemos de la autora, sabemos que opta por los planteamientos estéticos de la realidad, su visión de la naturaleza y del paisaje no contiene documentalismo, ni nueva topografía, ni denuncia del maltrato a los entornos naturales y no obstante en el amor que nos transmite por esa belleza de los bosques hay algo de todo ello. Si el hombre rompe esta belleza, tan frágil, casi de cristal, está atentando contra la poética de su entorno, contra la propia realidad que lo envuelve y alimenta, está deconstruyendo la naturaleza, nuestro propio origen y fin.

Las fotografías de María Antonia buscan emocionar, quieren que el espectador funda sus sentimientos con los de ella misma a través de sus imágenes que son como estribillos sueltos. Aire que mece los pequeños rayos de sol que iluminan las nieblas y el polvillo que se eleva desde el suelo.



El Tiemblo 03, 2011. 42x60 cm. Impresión digital, pigmentos minerales. Papel de fibra de algodón libre de ácido.

La autora opta por la austeridad del blanco y negro en sus imágenes, por las grises que, renunciando a la vistosidad, nos llaman poéticamente por la belleza de sus luces, por sus encuadres, por sus sencillos y directos puntos de vista, sin algaradas y siempre con exquisita pulcritud y perfeccionismo en sus planteamientos. Este trabajo sobre los bosques nos invita a realizar un viaje a su interior en una búsqueda de la reparación de nosotros mismos, porque estas imágenes nos muestran el bosque como habitáculo de insondables misterios sin respuesta. Bosques que, no obstante, a través de su melancolía, nos transmiten alegría en los troncos amados por la yedra que los abraza, en las ramas que se elevan al cielo, en las luces aposentadas. El bosque que nos trae otros bosques inmensos contenidos en una hoja de árbol, bosques que nos observan y casi nos obligan con su seducción a meternos dentro del tiempo, a jugar con la adivinanza del

color de la tierra que alimenta los árboles, las matas, los helechos, los musgos, y a jugar con la búsqueda de reflejos en las sombras de los propios árboles en un juego infinito de nunca acabar.

Y cuando ya estamos totalmente sumergidos en estas fotografías, en una segunda o tercera lectura, llegamos a sentir el susurro del silencio, el aleteo de los pájaros, el rítmico crujir de las botas de antiguos caminantes... la creación del mundo. Estamos en los bosques, en todos los bosques cargados de poesía, de poesía antigua, bucólica, virgiliana. Fragmentos del más allá, en los que se entrecruzan los troncos con las nieblas y el tiempo, tejiendo un mimbres que nos asienta y nos enraíza en el más acá. Bosques vehiculares del tiempo, del tiempo eterno que nos lleva sobre él.

Fotografías cargadas de contenido.

María Teresa Gutiérrez Barranco